

ENTRE LÍNEAS



Universidad
del Tolima



ACREDITADA
DE ALTA CALIDAD

¡Construimos la universidad que soñamos!

Oscar Andrés Maldonado Bernal

oamaldonadob@ut.edu.co

Maestría en Pedagogía de la Literatura,

I semestre

Universidad del Tolima

La muerte de mi hermano fue el episodio más aterrador en mi vida. Uno pensaría, máxime cuando se trata de un niño de ocho años, que lo aterrador de un ahogo son los chapoteos, el hundimiento, los gritos de desesperación que retumban en el vacío, cuando se descubre el cuerpo. No obstante, lo más aterrador siempre fue el silencio, esta sórdida sentencia que hizo parte de mí, cuando descubrí que se había hundido en el más infame olvido.

Esa tarde, en un paseo de olla, mi hermano menor había jugado con nuestros primos contemporáneos. Podría mencionar que le recuerdo feliz, sano, alegre; pero la realidad es que mis recuerdos se encausan como arroyos al último instante en el que se descubrió que él había sido detenido por una roca. Su cuerpo translúcido tenía pequeños espasmos, como si tratara de volver a la vida. Su cabello negro, empapado, estaba lleno de ramas, de hojas y trozos de tierra; los labios morados, los dientes tensionados y las uñas de sus pies parecían desprenderse en partes. Estuvo mucho tiempo en el agua.

La primera en descubrirlo fue mi tía. Ella puso el primer grito en el cielo, pero la primera lágrima en caer, estoy seguro, fue la mía. A medida que todos corrían tras el cuerpo magullado por la corriente, una lágrima recorría mi mejilla y, tras ella otra, y otra más. No pude moverme, tampoco lo hizo mi hermano, la corriente lo arrastró sin piedad. La roca que lo sostenía, que

imaginé como un guardián que había evitado que mi hermano desapareciera, estaba erosionada, no se veía imponente, sino añeja.

El silencio siempre fue lo más aterrador. Después de su hallazgo, mi padre lo llevó al hospital en el carro, junto con mi madre. Ella no podía pronunciar palabra, sus lágrimas empapaban a mi hermano tanto como el río. Se marcharon en el auto, él estaba adentro, pero yo no alcancé a subir, me quedé con mis tíos. No sentí que fuera algo personal. Tampoco quería ver su rostro, que se tornó grisáceo por la muerte, el agua y el tiempo. Nadie pronunció palabra en toda la tarde.

El silencio es lo más aterrador. Podría señalar sus ojos de platos, la súplica que no pudo pronunciar, los gritos de desesperación, incluso la forma en que parecía que el río quería llevarlo lejos; pero lo más aterrador siempre fue el silencio del después.

Luego de ese día, incluso pasadas las semanas, lo espeluznante fue el silencio en la casa. El color se difuminó de un golpe en nuestro hogar. No estaba para rayar de amarillo las paredes, o hacer que el rostro de mamá se pusiera rojo de ira. Yo no podía ver el color azul de nuestro cielo pintado en la habitación, sin recordar que la corriente quería arrancarle el torso. Los días perdieron su luz, la voz de mamá no volvió a ser la misma, siempre más tenue, cada vez más cortas sus exhalaciones, incluso el reloj se detuvo.

Los muebles se comenzaron a empolvar, nadie los limpiaba. Nadie se molestó en volver a abrir las persianas. Debajo de su cama quedó un gran vacío. Luego, su cama desapareció. Las fotos familiares en las que estaba con mi hermano quedaron en un cajón olvidado. Mamá no podía ver nada de esto sin llorar a cántaros, de modo que padre las guardó en el ático. Yo escondí sus recuerdos en nuestro baúl, en el que teníamos una cápsula del tiempo. Estaba su trompo, mi yoyo, nuestro esqueleto de zarigüeya y los chicles masticados de la niña que le gustaba. Estaba su camisa favorita con su aroma, un cabello que pude envolver en una servilleta, el primer diente que se le cayó.

Ahora, guardo en esta caja una carta que escribió a nuestros padres. Una carta secreta. Esta carta que no le mostró a nadie, porque guarda sus más grandes miedos, deseos y culpas. No la he leído, quiero que por una vez pueda tener algo que quiere. Nadie la encontrará aquí. Esta capsula del tiempo son nuestros recuerdos, nuestros sueños y, aunque los suyos no lleguen a cumplirse y los míos estén rotos, quiero que estén protegidos contra toda mirada adulta, incluso la mía.

Madre no ha comido en días y el silencio es lo más aterrador. Su habitación huele mal. Padre no ha regresado del trabajo desde hace tres días. La lluvia no permite escuchar otra cosa más que el tronar de las tejas de lámina. Enterraré este baúl junto a su tumba, nadie debe saber lo que dice la carta. Es su secreto y así será para siempre. Escribo en la tapa: te amo, te amo, te amo. No quiero dejar de hablar. El silencio es aterrador.





ENTRE
LINEAS